

Común del Aniversario de la dedicación de una iglesia
Décimo aniversario de la dedicación de la iglesia
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
31 de Julio de 2018

Ez. 43, 1-2. 3c-7a
Sal. 84, 3. 4. 5. 10. 11
Hb. 12, 18-19. 22-24
Lc. 19, 1-10

Homilía

Alabado sea Jesucristo, ahora y por siempre. Amén.

Eminencias, Excelencias, hermanos míos sacerdotes, hermanos y hermanas en la vida consagrada, hermanos y hermanas en Cristo:

Con la más profunda alegría y gratitud, recordamos hoy el antiguo y solemne rito por el cual esta iglesia, diez años atrás, se convirtió verdaderamente en casa de Dios. Desde hace diez años los peregrinos son atraídos hasta aquí por su Madre amorosa —la Madre de Dios— bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Ellos recibieron innumerables gracias a través de su oración y devoción; sobre todo, a través de los sacramentos de la Sagrada Eucaristía y de la Penitencia.

Dios cumplió aquí perfectamente su promesa hecha durante la visión del nuevo Israel y del nuevo Templo por parte del profeta Ezequiel:

—Hijo de hombre: éste es el lugar de mi trono, el lugar de las plantas de mis pies, donde Yo habito en medio de los hijos de Israel para siempre¹.

Adecuadamente rezamos hoy con todo nuestro corazón: «¡Qué amables son tus moradas, Señor

¹ Ez. 43, 7.

de los ejércitos²». Verdaderamente aquí —ante todo sobre el altar del Sacrificio y en el tabernáculo— el cielo se encuentra con la tierra: Cristo sentado en la gloria a la derecha del Padre derrama —sin medida y sin cesar— los siete dones del Espíritu Santo en nuestros corazones.

Cada vez que entramos aquí nos acercamos —en palabras de la Carta a los hebreos— a «la Jerusalén celestial³». En el santuario verdaderamente hacemos compañía «a miríadas de ángeles, a la asamblea gozosa y a la Iglesia de los primogénitos inscritos en los cielos, al Dios Juez de todos, a los espíritus de los justos que han alcanzado la perfección⁴». Nos encontramos con «Jesús mediador de la nueva alianza⁵», la eterna alianza sellada con su Sangre que Él sacramentalmente renueva para nosotros en la Santa Misa. Cristo hace aquí su morada con nosotros, como lo hizo en la casa de Zaqueo, cumpliendo su misión divina de «buscar y salvar lo que estaba perdido⁶». Él siempre hace sacramentalmente nuevo su Sacrificio en el Calvario y su fruto incomparable, el Pan celestial de su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Él permanece con nosotros en el tabernáculo.

Cuando la Madre de Dios se apareció a san Juan Diego en nuestro continente en el año 1.531, le anunció inmediatamente el propósito de su visita celestial. Ella quería que se construyera una iglesia en la cual, a través de su especial intercesión, sus hijos pudieran encontrar a su Hijo divino. Entre sus primeras palabras a san Juan Diego, expresó:

Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada. En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación: Porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí, porque

² Sal. 84, 2.

³ Hb. 12, 22.

⁴ Hb. 12, 22-23.

⁵ Hb. 12, 24.

⁶ Lc. 19, 10.

ahí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores⁷.

Desde el tiempo de sus apariciones, Nuestra Señora de Guadalupe nunca dejó de atraer peregrinos a su «casita sagrada», verdaderamente la casa de Dios construida para ella por el primer obispo de México Fray Juan de Zumárraga y agrandada con el tiempo por sus sucesores.

En su «casita sagrada», en la iglesia de su santuario en la Ciudad de México, la Madre de Dios con todo su «amor personal» se encontró y continúa encontrándose con los peregrinos. Llevándolos a sus brazos, ella los lleva a su divino Hijo, quien solo es su salvación. Ella les da exactamente el consejo que primero les dio a los encargados del vino en las bodas de Caná, el consejo inscrito sobre la piedra angular de esta iglesia: «Haced lo que Él os diga⁸». Por medio de la tilma de san Juan Diego, sobre la cual milagrosamente Dios trazó su imagen, ella amorosamente mira a los peregrinos y ellos amorosamente la miran a ella, su Madre y su Reina.

La iglesia de este santuario fue construida para promover la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, de modo que muchos más pudieran conocer su maternal amor y, a través de su amor, pudieran conocer a su Salvador. Es un don especial de Dios que hoy, un sucesor del obispo Juan de Zumárraga, Su Eminencia, el Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo emérito de México, haya venido para estar con nosotros y, sobre todo, a celebrar la Santa Misa. Desde el primer anuncio del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en La Crosse, él fue una constante fuente de inspiración y de apoyo.

En ocasión de la dedicación solemne, fue dada al santuario —bajo su indicación— un pedazo de la piedra del cerro del Tepeyac y hoy permanece bajo la imagen de san Juan Diego en el transepto. En esa ocasión, él entregó al santuario la estatua de san Juan Diego que acoge a los peregrinos cuando se acercan al Centro del Peregrino.

Eminencia, le pedimos sus continuas oraciones por el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe aquí, para que esta iglesia pueda ser una hija digna de la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe de la Ciudad de México. Esta iglesia en La Crosse existe por una única razón; a saber, la misión de Nuestra Señora de Guadalupe. El peregrino que ingresa por el

⁷ San Juan Diego, *Nican Mopohua (Aquí se cuenta)* (páginas. 3-4, números 26-32). Traducción de Mario Rojas Sánchez (2001). México, D.F.: Design & Digital Print S.A. de C.V.

⁸ Jn. 2, 5.

nártex puede leer, debajo del fresco representando las maravillosas apariciones de Nuestra Señora, las palabras de María dirigidas a san Juan Diego que apenas cité.

Dando gracias hoy que Nuestra Señora de Guadalupe continúe su misión a través de su santuario en La Crosse, agradecemos también a Dios, por tantas gracias recibidas por parte de los peregrinos que se acercaron a esta iglesia con fe.

Los peregrinos vinieron para encontrarse con Nuestro Señor en momentos de gran alegría para ellos: la propuesta de matrimonio, el don del matrimonio y el don de su coronamiento, un hijo, en el comienzo de un nuevo empeño y en otras ocasiones de alegría. Los peregrinos llegaron aquí también en momentos de gran prueba y aflicción: una lucha moral, una enfermedad grave, un conflicto matrimonial o familiar, el abandono de la práctica de la fe por parte de un pariente o amigo, la pérdida del trabajo, la pérdida de un pariente o amigo y en otras ocasiones de dolor.

Nuestra Señora los trajo aquí para que se encuentren con Cristo y Él les dio su paz y alegría, incluso en momentos de sufrimientos aparentemente imposibles de superar.

Cuando los peregrinos dejan esta casa de Dios, leen las palabras de Nuestra Señora de Guadalupe a san Juan Diego, cuando estaba sufriendo grandemente por llevar a cabo su misión:

¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe⁹...

La Madre de Dios les asegura que la casa de Dios es también su casa, la casa de la Iglesia y que, por ello, no tienen nada que temer.

Agradeciendo hoy a Dios por la consagración de esta iglesia, estamos llenos de gratitud a todos los que —vivos y difuntos— siguieron en el camino de san Juan Diego como mensajeros de Nuestra Señora: a los benefactores, voluntarios, miembros y directores de la asociación responsable del santuario, a los Frailes de la Inmaculada, al personal y, sobre todo, a los directores ejecutivos y a todos aquellos que en cualquier modo hicieron posible la gran obra espiritual que aquí diariamente se lleva adelante.

⁹ *Nican Mopohua*, página 13, números 119-120.

En modo particular, traigo a la memoria dos personas que gozosamente participaron en la solemne dedicación de esta casa de Dios y a quienes el Señor llamó a su lado. Agradecemos a Dios en modo especial por la señora Mary Lucille Swing, donante del terreno excepcionalmente hermoso para el santuario, quien murió el 13 de marzo de 2012. También agradecemos a Dios por el padre Peter Damian Mary Fehlner, primer rector de la iglesia del Santuario, quien murió el 8 de mayo de este año. Que descansen en paz. Que Dios los recompense abundantemente a ellos y a todos los que se sacrificaron para ser fieles mensajeros de Nuestra Señora de Guadalupe.

Agradeciendo a Dios por los diez años transcurridos, miramos al futuro y a todo lo que Dios nos pedirá a través de la Virgen Madre de Dios, Nuestra Señora de Guadalupe.

Esta tarde, bendeciré el terreno en el que se construirá el Centro de apostolado catequético mariano padre John A. Hardon y la Casa de retiro san Juan Diego. A través del centro catequético, Nuestra Señora podrá llevar adelante más plenamente su misión de manifestar la presencia de Dios en medio de nosotros, en la Iglesia, a través de la formación espiritual y doctrinal de catequistas. Mediante la casa de retiro, ella podrá recibir a todos aquellos que deseen pasar algún tiempo con ella y —por medio de ella— con su divino Hijo. Por favor, recen para que Dios bendiga abundantemente esta labor esencial del santuario y apóyenla generosamente.

Convocados hoy aquí, en el décimo aniversario de la solemne dedicación de esta casa de Dios, levantemos nuestros corazones hacia el glorioso Corazón Eucarístico de Jesús. Ofrezcamos, unidos al Inmaculado Corazón de María, completamente nuestros corazones al Sagrado Corazón de Jesús, de modo que permanezcamos siempre en su compañía y —con Nuestra Señora— llevemos a otros hacia Él.

*Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo,
¡ten misericordia de nosotros!*

*Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la nueva evangelización,
¡ruega por nosotros!*

*San Juan Diego,
¡ruega por nosotros!*

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardinal BURKE